

# En la Sierra de Córdoba

## I

### La Subida

Parte el coche: las yeguas placenteras  
al caminar descubren las pisadas  
que en el polvo dejaron señaladas  
en otras excursiones mañaneras.

Aléjanse al rumor de las colleras  
las aves a los setos, asustadas:  
cabras y ovejas, del pastor guiadas,  
pacen junto a profundas torronteras.

En vasta sima se hundén caseríos,  
arroyos, huertas, rocas y plantíos  
que el sol matiza con dorada lumbre;

ya casi toca al cielo nuestra mano  
y se llega entre aromas a la cumbre,  
como al altar de un templo soberano.

## II

### En la Sierra de Córdoba

Este es el sitio para amar sin cuitas:  
las huertas, entre verdes olivares,  
dejan las rosas desbordarse a mares  
de su espinoso cinturón de pitas.

Hay bosquecillos para alegres citas,  
en las sendas coronas de azahares,  
velos en los crepúsculos y altares  
en el desierto azul de las Ermitas.

¡Oh, mujer bella de la raza moral!  
Vuelve a ser en tu tierra encantadora  
la odalisca que abraza con tus ojos:

Embellece este edén con tu presencia  
y del amor ofrécame la esencia  
abriendo el cáliz de tus labios rojos.

## III

**Mirando hacia Córdoba**

Desde una alegre quinta encaramada  
en bello alcor, apenas anochece,  
la ciudad, cual Sultana, resplandece  
con guirnaldas de luces constelada.

Luego, de azules montes circundada  
y de un rojo dosel, cuando amanece,  
ebria del sol que fúlgido aparece  
se despierta de rayos coronada.

La Sierra granadina, desde lejos,  
le presta de su nieve los reflejos;  
brilla el Betis en torno a sus jardines,

y en frente de ella, alzando las Ermitas  
sus cruces, los humildes cenobitas  
la bendicen al toque de maitines.

## IV

**La Fuente de la Peña**

Donde el Desierto de Belén se eleva,  
cae de una roca el agua en el camino  
y de ancha pila el chorro cristalino  
refresca y da salud a quien lo prueba.

Allí el ganado balador se abreva,  
y sentándose en torno el peregrino  
que a ver el santo eremitorio vino,  
consume, en paz, cuanto en su alforja lleva.

Yo al sonoro raudal cantos tributo  
y del contraste singular disfruto  
que ofrecen a mis ojos soñadores

allá arriba, en el yermo, el penitente,  
y abajo la Sultana de Occidente  
que en su alcázar recuéstase entre flores.

V

**Las Ermitas**

Ciñe la frente de la verde Sierra  
breve pórtico unido a un campanario;  
cual mudos centinelas del Santuario  
altos cipreses el lugar encierra.

Bajo ellos cruza quien su fe destierra  
y ante una Cruz que guarda triste osario,  
al advertirle un cráneo centenario  
—«cual yo algún día te verás»,—se aterra.

Brillan casitas blancas como nidos,  
por setos de chumberas protegidos,  
y un mirador de vistas deliciosas

quizá a un hermano brinda su alegría;  
mas ya bajo cilicios, ya entre rosas,  
él encuentra en su celda cuanto ansía.

VI

**Los Ermitaños**

Ceñido al mustio cuerpo luengos años  
el áspero sayal viven y mueren  
sobre el cilicio con el cual se hieren  
buscando en el dolor goces extraños.

La fe o la adversidad volvió ermitaños  
a esos hombres sublimes que prefieren  
al mundo este desierto y sólo quieren  
viver cerca de Dios, libres de engaños.

Cada hermano cultiva allí su huerto;  
de brusco hace un rosario con que habla  
a la Virgen, de noche, aunque esté yerto.

En su angosto refugio el cielo espera,  
y con él sueña, sobre dura tabla,  
junto a una Cruz y ante una calavera.



## VII

**La Comida de los Pobres**

Siempre, en toda estación, por la mañana  
sin miedo al aire, al sol, ni al aguacero,  
suben de las Ermitas el sendero  
los mendigos en lenta caravana.

Gira la puerta al son de la campana  
y aparece humeante en gran caldero  
el potaje, maná del pordiosero,  
que aviva de su estómago la gana.

Con cucharas de boj, toscas y viejas,  
sacan del caldo obscuro las lentejas  
pronto agotadas en voraz porfía.

Y luego bajan por la cuesta ufanos  
al ver que en su orfandad hallan hermanos  
que les den el pan nuestro cada día.

*Guillermo Belmonte Müller.*

N. 1851 † 1929 .

